

CAPITULO XL.

¿Que es lo que me sucede? cualquier ruido me espanta.

MACBETH.

DESEO tener con vm. una conversacion. Estas palabras eran simples en sí mismas, pero se encontraba lord Leicester en uno de aquellos momentos de desasosiego en que el ánimo turbado vé en las circunstancias mas ordinarias algo de misterioso y de asustadizo; y se inclinó inquieto á examinar á la persona que las habia pronunciado.

El exterior de este sugeto nada tenia de particular; estaba vestido de negro, y era negra también la máscara que cubria su semblante. Se confundia con los enmascarados que habian entrado á la sala con Merlin, aunque su disfraz no era estravagante como el de los demas.

— ¿ Quien es vm. ? ¿ que quiere vm. ? dijo Leicester, descubriendo en el acento de su voz la agitacion de su alma.

— No pido nada que pueda dañar á vm., milord, por el contrario verá vm. que mis in-

tenciones podrán serle ventajosas, si las sabe apreciar. Pero es necesario que hablemos en particular.

— No puedo hablar con un desconocido que no se nombra, respondió Leicester empezando á concebir vanos temores sobre la demanda del estrangero, y los que yo conozco deben escoger un momento mas conveniente para poderme hablar.

Iba á marcharse, pero le detuvo el enmascarado.

— Los que hablan á vuestra señoría de lo que interesa á su honor, tienen derecho á hacerlo, aun cuando sea preciso suspender otras ocupaciones por escucharlos.

— ¡ Como, mi honor ! ¿ Quien se atreve á ponerle en duda ? dijo Leicester.

— La conducta de vm., milord, podria sola dar motivos de acusarle, y deseo hablar á vm. precisamente sobre ese asunto.

— Es vm. un insolente, dijo Leicester, y abusa vm. de la licencia de este tiempo de hospitalidad, que me impide castigarle cual merece. ¿ Como se llama vm. ?

— Edmundo Tresilian de Cornwall, respondió el disfrazado : habia prometido callar durante veinte y cuatro horas; este tiempo ha pasado, y puedo hablar ahora, prefi-

riendo, por consideracion á vuestra señoría, hacerlo de este modo.

La sorpresa que penetró hasta el corazon de Leicester al oír pronunciar este nombre por el sugeto que mas aborrecia, y por quien se creia tan cruelmente ultrajado, le dejó inmóvil; pero á su admiracion se siguió al punto un deseo de venganza, tan imperioso como la sed del viagero en el desierto. Sin embargo pudo dominarse á sí mismo, sin atravesar el corazon del malvado y atrevido que, despues de haberle reducido á la desesperacion, osaba venir con tal descaro á apurar del todo su paciencia. Resuelto á ocultar por entónces su agitacion, para penetrar los designios de Tresilian en toda su estension, y asegurar su venganza, respondió con una voz que la rabia concentrada hacia casi ininteligible:

— ¿Que pide el señor Tresilian?

— Justicia, respondió Tresilian con tranquilidad y firmeza.

— ¡Justicia! dijo Leicester, todos los hombres tienen derecho á ella. Vm. sobre todo, señor Tresilian, mas que ningun otro, puede contar con que se le hará completa.

— No aguardaba yo menos de la nobleza del carácter de vm., dijo Tresilian; pero el tiempo urge, y necesito hablar á usted esta

misma noche. ¿Me será permitido ir á buscar á vm. en su habitacion?

— No, dijo Leicester con mal gesto, no debemos vernos en ninguna casa, y menos en la mia, sino en campo raso.

— Está vm. disgustado, milord, replicó Tresilian, y no veo sin embargo cual puede ser la causa de ese enojo: el sitio de nuestra reunion me es muy indiferente, con tal que me escuche vm. durante media hora sin interrupcion.

— Con menos habrá bastante, lo espero, respondió Leicester; aguardeme vm. en el *lugar del Placer*, luego que la reina se haya retirado á su habitacion.

— Basta, dijo Tresilian, y se alejó, dejando á Leicester en una especie de embeleso que ocupaba al parecer toda su alma en aquel momento.

— El cielo, decia, se manifiesta por fin propicio á mis deseos, y entrega á mi venganza el miserable que ha impreso en mi apellido una afrenta indeleble, el miserable que me ha ocasionado ansias tan crueles. Ya no debo quejarme de mi destino, que me da los medios de descubrir las astucias con las que cree aun engañarme. Sabré descubrir y castigar al mismo tiempo todas sus maldades. Es preciso que vuelva á la cadena; pero me será mas

liviana ahora, pues á eso de la media noche sonará la hora de mi venganza.

En medio de estas reflexiones que asaltaban el ánimo de Leicester, atravesó otra vez la multitud que le hacia paso, y volvió al lado de la reina, envidiado y admirado de todo el mundo. Pero si el corazón de aquel á quien envidiaban todos hubiera podido ser descubierto á tan numerosa asamblea, á haber sido posible manifestar los pensamientos sombríos de su culpable ambición, de su amor chasqueado, de su venganza terrible, y el proyecto de un cruel atentado, que se sucedían alternativamente como los espectros *en el círculo de una infernal hechicera*, ¿quien hubiera sido, desde el cortesano mas ambicioso hasta el mas pobre sirviente, quien hubiera sido el que desearia cambiar de papel con el privado de Isabel y señor de Kenilworth?

Pues le aguardaban aun otros tormentos al lado de Isabel.

— Llega vm. á tiempo, milord, dijo ella, para decidir sobre una disputa que se ha suscitado entre nuestras damas. Sir Ricardo Varney acaba de pedirnos el permiso de salir del castillo, con su esposa enferma, seguro de obtener la anuencia de vm., previa la

nuestra. Por cierto que nuestra intencion no es impedirle que cuide cariñosamente de esa pobre dama; pero ha de saber vm. que sir Ricardo Varney se ha manifestado hoy de tal modo cautivado de las gracias de nuestras damas, que esta nuestra duquesa de Rutland pretende que no conducirá á su muger sino hasta el lago, en donde la arrojará para que vaya á habitar los palacios de cristal de que nos ha hablado la ninfa encantada, y que volverá luego viudo y alegre á enjugar sus lágrimas y reparar su pérdida con las damas de nuestra comitiva. ¿Que le parece á vm., milord? Hemos visto á Varney con tres ó cuatro diferentes disfraces. Pero vm. que le conoce tal cual es en efecto, ¿le cree vm. capaz de tratar á su pobre muger con tamaña crueldad?

Leicester se hallaba confundido, pero el peligro era urgente, y era preciso responder.

— Estas damas, dijo, piensan con demasiada ligereza de su sexo, suponiendo que una muger puede merecer igual suerte, ó con demasiada severidad del nuestro, si juzgan que un hombre puede imponer á una inocente semejante castigo.

— Ya le oyen vms., señoras, dijo Isabel; como los demas hombres procura disculpar su crueldad con nosotras, acusandonos de inconstantes.

— No diga *vm. acusandonos*, señora, replicó el conde: digo que las mugeres ordinarias, como los planetas de un órden inferior, tienen sus revoluciones y sus fases; pero ¿quien osaria acusar al sol de mudable, ó á Isabel de inconstante?

La conversacion se hizo poco despues menos peligrosa, y Leicester continuó tomando en ella una parte activa, á pesar de las angustias de su alma. Pareció á Isabel esta conversacion tan agradable, que habian dado ya las doce de la noche en el relox del castillo, ántes que se retirase, lo que no solia suceder sino muy rara vez. Alirse ella, se recogieron todos los demas, cada uno en su habitacion para pensar en las distracciones del dia, ó gozar anticipadas las del siguiente.

El desdichado señor de Kenilworth, el que daba estas fiestas soberbias, tenia que entregarse á otros cuidados diferentes. Ordenó al criado que le seguia que fuese á buscar al momento á Varney, y volvió poco despues el mensagero diciendo que hacia una hora que habia salido del castillo por la puerta secreta con otras tres personas, una de las cuales iba dentro de una litera.

— ¿Como ha podido salir del castillo despues que se ha montado la guardia? Yo creia que pensaba salir al amanecer.

— Ha dado á la guardia razones suficientes, respondió el criado, y segun me han dicho, ha presentado el anillo de vuestra señoría.

— Sí, es verdad, dijo el conde, pero se ha dado demasiada prisa. ¿Ha quedado aquí alguno de sus criados?

— En ninguna parte han podido encontrar á Miguel Lambourne, milord, dijo el criado, cuando iba á salir sir Ricardo Varney, y su amo se ha enfadado mucho por eso. Acabo de verle ensillar el caballo, con la mira de ir en seguimiento de su amo.

— Dile que venga aquí al momento, dijo Leicester, tengo un mensaje para su amo.

El criado salió, y Leicester se paseó largo tiempo en su cuarto entregado á sus meditaciones.

— Varney es muy celoso, decia, pienso que me es adicto; pero tiene tambien sus miras particulares, y es inexorable cuando se trata de llevarlas á cabo. Si yo me elevo, él se eleva: se ha mostrado ya muy solícito en allanarme el obstáculo que me cierra el camino al trono. Sin embargo no quiero abatirme sufriendo semejantes afrentas. La castigaré, despues de haber reflexionado con bastante madurez. Conozco ya de antemano

que las medidas precipitadas encenderian en mi pecho todo el fuego del infierno. No, por ahora bastará la primera víctima, y esta víctima me está esperando.

Cogió en esto pluma, tintero y papel, y escribió de prisa lo siguiente:

« Sir Ricardo Varney:

» Hemos resuelto diferir la empresa confiada á vuestro cuidado, y os encargamos
 » muy de veras no ir mas léjos, por lo que
 » toca á nuestra condesa, sin recibir nuestras órdenes ulteriores. Os ordenamos asimismo volvais á Kenilworth luego que hayais dejado en un sitio seguro el depósito que se os ha entregado; pero en el caso que esos cuidados os detuviesen mas largo tiempo que el que pensamos, os mandamos enviarnos, por medio de un mensajero fiel, nuestro anillo que necesitamos en este momento. Aguardamos de vuestra parte la obediencia mas exacta, y recomendandoos al cuidado de Dios, quedamos vuestro amigo y buen amo,

K. LEICESTER.

» Dado en nuestro castillo de Kenilworth,
 » el dia 10 de julio del año de gracia 1575.»
 Al acabar y cerrar Leicester esta carta,

Miguel Lambourne, con sus grandes botas, su gran capa de camino atada por la cintura, y su sombrero igual al de los correos, entró en el cuarto guiado por el criado.

— ¿En que calidad sirves tú? dijo el conde.

— Soy caballero del caballero mayor de vuestra señoría, respondió Lambourne con su ordinaria desfachatez.

— Dejate de impertinencias, dijo Leicester; las chocarrerías que puedes hacer pasar delante de sir Ricardo Varney no son de mi gusto. ¿Cuanto tiempo necesitas para alcanzar á tu amo?

— Una hora, milord, si el caballero y el caballo no flaquean, dijo Lambourne pasando de repente de un ademan casi familiar al del mas profundo respeto.

El conde le miraba de arriba abajo.

— He oido hablar de tí. Dicen que eres activo en el servicio, pero demasiado camorrista y amigo del vino para poderte confiar ningun asunto de importancia.

— Milord, dijo Lambourne, he sido soldado, marino, viajero, y aventurero, oficios todos en los que se goza del tiempo presente, porque no se puede contar con el venidero. Pero, aunque haya empleado mal mis ratos ociosos, jamas he dejado de cumplir con mi obligacion.

— Pruebame lo en la ocasion presente, y no perderás nada en ello. Entrega esta carta con prontitud y cuidado á sir Ricardo Varney en propia mano.

— ¿Mi comision está limitada á eso? dijo Lambourne.

— Sí, respondió el conde, pero es de la mayor importancia que la desempeñes con celo y prontitud.

— Haré para ello cuanto esté de mi parte, respondió Lambourne; y se retiró inmediatamente diciendo para su capote: He aquí en que ha venido á parar esta audiencia secreta que me habia hecho concebir tan grandes esperanzas. ¡Cuerpo de Cristo! pensaba yo cuando menos, que el conde necesitaba echar mano de mí para alguna intriga secreta, y está todo reducido á enviarme con una carta. Sin embargo se hará como lo desea, y segun dice su señoría muy bien, esto podrá serme útil para otras ocasiones. Un niño tiene que andar á gatas ántes de poder caminar, y lo mismo debe hacer un aprendiz de cortesano; pero veamos que dice la carta, ya que la ha dejado medio abierta.... Habiendo cumplido su deseo, empezó á dar palmadas, y á exclamar muy contento: ¡La condesa! ¡la condesa! he descubierto un secreto que va á hacer mi fortuna ó á perderme. Pero adelante, Bayardo,

añadió, conduciendo su caballo al patio; adelante, es preciso ver ahora para que hemos nacido los dos.

Montó pues Lambourne á caballo, y salió del castillo por la puerta secreta, habiendole dejado pasar en consecuencia de las órdenes que sir Ricardo Varney habia dado al efecto.

Luego que Lambourne y el criado hubieron salido del cuarto, cambió Leicester de vestido, se embozó en su capa, y cogiendo una lámpara, bajó por el tránsito secreto á una puertecita que daba al patio cerca de la entrada del *lugar del Placer*. Sus reflexiones eran ya diferentes de lo que habian sido hacia algun tiempo, y aun procuraba persuadirse á sí mismo que debia mirarse como ofendido mas bien que como culpable.

— He sufrido el mayor ultraje: á esto se reducian sus meditaciones, y sin embargo no he querido vengarme inmediatamente, por atender primero á mi honor. ¿Mas será posible que la union, profanada por esta muger pérfida, me encadene para siempre, y me detenga en la noble carrera á que me llama mi destino? No, hay otros modos de romper semejantes lazos, siu atentar á la vida de aquella traidora. Delante de Dios estoy ya libre de la union que ella misma ha destruido. Nos separarán reinos enteros; habrá mares